

XXVIII.

LA ÚLTIMA FRASE DE LA EMBAJADA.

Cuando Guillermo de Montbrun se presentó al siguiente día en casa de Octavio de Parisis, estaba pálido é inquieto.

—Y tu embajada? le preguntó.

—Todo va bien, querido. Te debo una buena fortuna.

—Una buena fortuna! dijo Guillermo con inquietud.

—Oh! no hablo de la señora de Revilly. Pero me equivoqué de puerta.

Y Octavio contó su aventura con la señora de Argicourt.

—Hé aquí por qué todo va bien, dijo Octavio, que acabó de contar su aventura.

—Estás seguro de que no vendrá como una Hermonia furiosa?

—Todo ha concluido; ni una palabra mas; os vereis dentro seis meses.

Guillermo disfrazaba mal su emoción.

—Pobre señora! y cómo recibió esta noticia?

—Perfectamente bien, respondió Octavio que no había dicho una palabra del matrimonio á la señora de Revilly.

—Te ries?

—Quieres que lllore contigo?

—Nó, pero conozco á la señora de Revilly y no se consolará.

—La conozco tan bien como á tí. Vé á casarte y ella tendrá la grandeza de alma de no asistir á tu boda.

—Y mis cartas?

—Todo es humo.

—Las ha quemado?

—Vé á casarte en paz.

No sabiendo lo que pensar, y sintiendo á un mismo tiempo el dolor de la ruptura y la dicha de verse libre, cogió la mano de su amigo y le dijo:

—Te doy gracias.

—No hay de qué.

Parisis no pudo ocultar una sonrisa burlona.

—Te ries siempre?

—No.

Guillermo suspiró por segunda vez.

—Ah! dijo, era una hermosa querida!

—Con tres puntos admirativos.

—Reitero mis gracias: la hermosa niña con que voy á casarme te deberá su dicha.

—Quién sabe.

Así terminó esta historia de una embajada extraordinaria en el año de gracia de 1867.

Los asuntos del corazon, que son los mas graves, puesto que son los que hacen entrar el mundo á sangre y fuego, alcanzarian un buen término si siempre se eligieran diplomáticos como Octavio de Parisis.

Pero no todo habia concluido. Este enredo galante debia tener su desenlace trágico.

Octavio creia que las mugeres se dan y se retiran como pueden hacerlo con un ramo ó un abanico. Las mas ligeras y las mas alegres sufren con mas intensidad que los hombres, las sacudidas de la pasion. La señora de Revilly no estaba aun consolada, porque habia cometido un pecado mas: «Con el amor no se juega,» le habia dicho Alfredo de Abusset, cuando era aun muy niña.

XXIX.

EL NAUFRAGIO DEL CORAZON.

Segun habia dicho Guillermo de Montbrun, verificó su enlace con la señorita Lucila de Courthuys en la capilla del Senado.

El señor de Parisis asistió naturalmente á la ceremonia. Esta se verificaba mas bien en un salon que en una iglesia. No parecia sino que se continuaba allí una conversacion empezada el día anterior en alguna reunion del gran mundo. Cuando se acercó á su amigo Guillermo, encontró á este, feliz pero inquieto.

—Siempre vá bien lo que concluye bien, le dijo Parisis á media voz.

—Sí, amigo mio, pero no estaré contento sino despues de la luna de miel; siempre temo que la señora Revilly venga á interrumpir la fiesta.

Los dos amigos habian cambiado estas frases con gran rapidez al terminar la misa.

La jóven desposada radiante de belleza, parecia interrogarles con su mirada. Habia observado la in-